

chera de la arbitrariedad para defender la vida naciente de las instituciones.

Luchaban con aquellos que vencidos invaden los comicios, la tribuna y la prensa, reclamando en toda su pureza los derechos del ciudadano para recoger de las garantías liberales los medios de conspirar.

Luchaban con aquellos que victoriosos, en nombre de los principios que proclaman, atrofian el pensamiento, enmordazan la boca, argollan las manos, reducen á cenizas en el campo di Fiori la robustez intelectual de Jordano, trituran en las tinieblas del calabozo la juventud de Campanela, y atropellan la augusta ancianidad de Galileo arrancándole los ojos.

En tales circunstancias no podía el Gobierno de Juárez suicidarse por empacho de legalidad.

Realistas y liberales en México.

XVI

Después de lo dicho ¿tendré que descender á detalles para rectificar hechos concretos, cuya verdad histórica está ya repuesta en todas partes y de todas maneras? ¿Tendré que justificar que D. Benito Juárez no puso en venta el cadáver de Maximiliano, ni mucho menos trató de hacer contratos de desmembración territorial con los americanos?

No; mi trabajo no es este, ni para ello he tomado la pluma en la mano. No vengo á terciar en el palenque público para reproducir documentos ya conocidos y que reiteradamente han circulado.

Mi estudio es de otra calidad muy distinta. He venido á exigir al notable historiador un sentido filosófico, un criterio firme, un juicio racional, un método aceptable, un procedimiento admisible; el juicio y el método que enseña en los teoremas de sus discursos, de cuya aplicación se olvida, sobre todo, al ocuparse de la historia de México.

El estudio de la historia, no es ya el de aquellos detalles que entretenían à los antiguos con el interés de la leyenda. Tampoco es el de la fotografía de los hombres, trazada á grandes rasgos y con fuertes tonos de luz y de sombra por las atrevidas plumas de Tácito y de Plutarco. No es así mismo el cuadro de las costumbres á manera de novela, como aquellas relaciones que hace Barlemy de los viajes de Anacarsis por la Grecia.

El estudio hoy de la historia, es, como reconoce el mismo César Cantù, el análisis *sociológico* de las instituciones, en cuyo proceso está contenida la historia de la civilizaciòn.

Es claro que me ocupo de los hombres y trato de describirlos; pero como agentes, como representantes, como soldados de la idea, como instrumento operativo en el campo de la actividad.

Es claro que me ocupo de las costumbres; pero no como factores, sino como resultantes de los movimientos en desarrollo progresivo.

Es claro que me ocupo de los detalles; pero no como motivos de la historia, sino como accidentes, más ó ménos relacionados con la unidad de la acciòn.

Entran, pues, por muy poco en la vida moderna, las condiciones del hombre como *causas determinantes* de los hechos que constituyen esa unidad activa; y no es César Cantù quien me puede argüir en contrario, porque él, con la frase más elocuente que es dable aplicar al caso, ha marcado, ha definido, la diferencia que en es-

te punto separa y caracteriza á la historia antigua y la de nuestros días, diciendo:

Ayer había hombres grandes; hoy solo hay hombres que hacen grandes cosas.

¿Qué me importaría, pues, que Juárez hubiera sido grande, mediano ó pequeño; que tropezase aquí, cayera allá y se levantase acullá; que cometiera estos ò los otros desaciertos; que estuviera ó no á la altura de su puesto?

Bastára de todas maneras á mi propósito, que fuera, lo que fué indiscutiblemente, segun así resulta del conjunto de los hechos; un *carácter tenaz*, insistente, impasiblemente terco, para representar una causa que se hacía por sí misma empujada y nutrida por las corrientes de los tiempos.

Bastábale haber tenido esta condición, que no se le puede negar, para que fuera la personificación de una causa, cuyo poder mismo le anulára, hasta borrándole de la lista de los vivos, si sus debilidades y torpezas la comprometieran y bastábale así mismo esa misma condición, para que no pudiera ser el jefe victorioso á la cabeza de un puñado de díscolos, triunfando nada ménos que de la opinión nacional y de todos los poderes, propios y extranjeros, armados contra el movimiento que acaudillaba.

En este punto, César Cantù, pretendido publicista filósofo y eminente historiador, incurrió, al juzgar la revolución de México, en aquel mismo error vulgarísimo

de Goethe que no vió en la revolución francesa más que un indecente motín.

No sè, ni es el objeto de mis estudios, en este caso concreto, hacer comparaciones personales de talento á talento y de hermosura à hermosura; no sé si D. Benito Juárez tuvo más ó mènus instinto político que aquellos hombres de la Francia, preparada por los grandes movimientos de la filosofía y empujada por la fuerza propagandista de la Enciclopedia. Pero sí diré, como cuestión de hecho; que Juárez y sus hombres no se equivocaron en su camino con amargas horas de arrepentimiento tardío, como Mirabeau y Lafayette, Barnave y Lameth, Condorcet y Bailly, Vergniaud y Bissot, Dourmoriez y Danton, Robespierre y San Just, ni la lucha sostenida dentro de esta casa contra los nietos de aquellos que instituyeron la Bastilla y levantaron las horcas de Montfaucon, presentó un engendro de la soberanía del pueblo, escarnio de su causa, como el tipo repugnante y repulsivo de Marat.

No; como quiera que hayan pasado aquí las cosas, no se dieron en espectáculo aquellos tropiezos, aquellas caídas, aquellos desaciertos.

En cambio, erraron completamente Maximiliano y los suyos, que en castigo de su insigne torpeza, no fueron derrotados por Juárez y el partido liberal, sino por la enormidad absurda de su ciega audacia, que pretendió establecer aquí de planta nueva, aquella institución

que, habiendo sido grande y civilizadora en la Edad Media, hoy está agotada, discutida, liquidada; y cuando se presenta en escena con la puridad de su programa, siquiera sea trazado en una carta, como la del conde de Mun al vizconde de Bélisal, protesta el espíritu público, protesta el sentido común de la historia, y protestan los periódicos italianos, órganos de Su Santidad el Papa Leon XIII, hasta el extremo de obligar á su autor á que retire el programa, despues de haber dado el escándalo de la publicidad.

Y lo grave del asunto es, que la monarquía pura no puede tener otro *domga político*, porque todo lo que se separe de esas capitulaciones es transigir, es abdicar, es desnaturalizar la institución.

Poco trabajo me costaría demostrar, si fuera ese mi propósito, que el criterio, las proposiciones, los fines y la aspiración del periódico *La Voz de México*, es en principios, en método y conjunto el programa del Conde de Mun.

Y preciso es hacer cumplida justicia à *La Voz de México* y al Conde de Mun, porque esa es la doctrina política que *caracteriza y define sustancialmente* al instituto monárquico.

Pero todo lo que ofrece de lógico y congruente ese programa político con la institución, tiene de imposible en los tiempos, espacios y lugares de nuestro período histórico, hasta el punto de llevar en sí el peligro de di-

solver la unidad católica, razón que explica la actitud de la prensa italiana.

Por eso, sin duda, el periódico *El Tiempo* aprovecha toda ocasión oportuna para repetir, *que no es monárquico*, de donde resulta, que es en puridad, mejor católico que *La Voz de México*, en cuanto que, con esa declaración y sin necesidad de las reprobaciones explícitas y concretas, como las que han hecho los órganos de la Santa Sede, indirectamente rechaza el hacer causa común con aquellas doctrinas políticas que pueden poner en peligro los intereses verdaderos de la iglesia, provocando el cisma y la división entre los católicos.

Cisma y división que no se teme, que no se puede temer por la libertad, conforme se consolidan y desarrollan las instituciones y ejercicios del sistema federal, según acredita el testimonio vivo, evidente, incontestable de los hechos que se producen á nuestra vista en los Estados Unidos del Norte de América.

Respeto la sinceridad del periódico *La Voz de México*; pero no le quiero por abogado de mis pleitos ni de balde. No me cansaré de repetir á ese diario político, *que de tan católico se precia*, lo que el yerno aquel á su suegra:

No me quiera vd. tanto, señora.—

Ese puñado de pícaros liberales, capitaneados por un hombre sin calidad, como D. Benito, que semi-salvajes hacen objeto de mercancía el cadáver de Maximiliano,

liano, y que sin patriotismo se proponen vender al extranjero el territorio nacional, y por acto de sorpresa, triunfan de la mayoría del país, y permanecen en el poder cometiendo todo género de tropelías; lejos de ser unos bandoleros en número ínfimo, como se les supone por la pasión ciega y la cólera impotente; son los sucesores correspondientes, con más rudo trabajo y mayores dificultades, de ese otro pequeño grupo de bandidos del Norte de América, que se han llevado tras sí en menos de un siglo, al pié de cincuenta millones de vigorosos europeos, para cimentar y consolidar las instituciones nuevas, que exige la nueva vida política de todos estos pueblos nuevos de América.

¿Qué han hecho esos pocos aventureros contra la inmensa mayoría del país y los intereses verdaderos de la nación, sino salvarla de una institución familiar, sin raíz histórica en estos lugares, la cual nos trae á nosotros conturbados, haciéndonos pasar por todas aquellas ignominias del vergonzoso reinado de Fernando VII, el rey más canalla, más falso, más cobarde y traidor de cuantos registra la historia, que levantó el cadalso para todos sus heroicos defensores, que cerró todas las escuelas de instrucción pública, abriendo una cátedra de tauromaquia, y al morir nos dejó el legado tristísimo de una minoría turbulenta; y en estos críticos momentos, después de la suerte pasajera y fugaz de haber tenido un monarca apreciable como Don Alfonso XII, en ple-

no final del año de 1885, nos vemos metidos en otro conflicto de una minoría preñada de peligros y amenazada de no menores tormentas que la de Doña Isabel?

¿Es este el regalo que querían los grandes patriotas realistas de México que les dejasen disfrutar en paz los liberales?

Se concibe, sin embargo, aquella alucinación; ya la he explicado. Pero lo que no tiene sentido común, es que todavía haya quien suspire en este territorio por aquel orden de cosas.

¡Lástima grande no regalarles à los realistas de aquí un rey que causó oprobio al Emperador Alejandro de Rusia, según correspondencia con su embajador en Madrid Dalborgo di Primo, y afrenta á Mr. de Chateaubriand, Ministro de Luis XVIII, hasta el exceso de declarar oficialmente, que se arrepentía de haber organizado la expedición del Duque de Angulema! ¡Lástima no regalarles ese reinado feliz con dos minorías dentro de una sola generación, y la última con un póstumo en perspectiva!

La Monarquía es una institución liquidada, que no cabe en América, y que se va de Europa. Tiene una raíz popular en Alemania y en Italia, porque acaba de realizar un fin histórico: *la unidad nacional*.

En Francia la ha hecho imposible la propia división de sus familiares. En Inglaterra, ya veremos lo que pasa á la muerte de la reina Victoria, y si hay una docena de ingleses que proclamen al Príncipe de Gales.

En España..... tengo derecho à que se respete mi reserva.

Doblaré la hoja.

Me ocupo de México, y digo en voz muy alta, que los liberales aquí, con todos los defectos que se les quieran achacar, con todos los cargos que se les quieran dirigir, con todas las censuras que se les quieran hacer, han merecido el bien de la patria y el parabién de la historia, salvando al país de la soberanía por sucesión hereditaria, y que nada hay más justificado ante la razón filosófica que la sangre de Querétaro.

Pero si en tales momentos hago alto, no pongo todavía punto final à estos estudios.
